

Elisa Guerra Doce
Julio Fernández Manzano
(Coordinadores)

LA MUERTE EN
LA PREHISTORIA IBÉRICA
CASOS DE ESTUDIO



EDICIONES
Universidad
Valladolid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© LOS AUTORES. Valladolid, 2014

© EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Preimpresión: Ediciones Universidad de Valladolid

ISBN: 978-84-8448-775-3

Diseño de cubierta: Ediciones Universidad de Valladolid

Motivo de cubierta: Necrópolis de La Lajura (El Pinar, El Hierro).

Dep. Legal: VA 85-2014

Imprime: Gráficas LAFALPOO, S.A.

ÍNDICE

Presentación.....	9
Muerte, prácticas mortuorias y simbolismo en el proceso de evolución humana FERNANDO DIEZ MARTÍN.....	13
La muerte entre los cazadores-recolectores. El comportamiento funerario en la Península Ibérica durante el Paleolítico Superior y el Mesolítico PABLO ARIAS CABAL	49
Testimonios de violencia a finales del Neolítico. El abrigo de San Juan ante Portam Latinam JOSÉ IGNACIO VEGAS ARAMBURU	77
De tumbas colectivas a tumbas individuales en yacimientos de “campos de silos” con recin- tos de fosos del III milenio A.C. CONCEPCIÓN BLASCO BOSQUED y PATRICIA RÍOS MENDOZA	105
Alcohol y drogas en las ceremonias funerarias de la Prehistoria ELISA GUERRA DOCE	125
Rituales funerarios en Menorca durante la Edad del Bronce VICENTE LULL, RAFAEL MICÓ, CRISTINA RIHUETE HERRADA y ROBERTO RISCH.....	137
Rituales de cremación en la Península Ibérica (s. XI-VI A.C.) y su estudio antropológico BIBIANA AGUSTÍ FARJAS	155
La intervención, estudio y explicación arqueológica de los depósitos con restos humanos JAVIER VELASCO VÁZQUEZ	179

PRESENTACIÓN

A finales del año 2010 la autoinmolación del joven tunecino Mohamed Bouazizi en protesta por las malas condiciones económicas y la falta de expectativas de la juventud de su país, desencadenó una serie de revueltas y alzamientos populares en varios países árabes. Estos levantamientos que han pasado a ser conocidos como la Primavera Árabe provocaron en Libia la caída del régimen dictatorial del coronel Muamar el Gadafi quien fue brutalmente asesinado por una multitud de opositores encolerizados, como se encargaron de mostrar unas imágenes que fueron repetidas hasta la saciedad aquellos días del mes de octubre de 2011. Aún reconociendo la monstruosidad para con su pueblo durante décadas del “Líder y Guía de la Revolución Libia” –como gustaba ser llamado–, la periodista Rosa Montero comentaba en *El País*: “*Es inevitable sentir compasión ante su cadáver maltratado, y esa compasión es lo que nos hace humanos. Desde el principio de los tiempos, tácitos acuerdos de honor y respeto detenían por unas horas las batallas más bárbaras para que los contendientes pudieran rescatar a sus muertos. Y el hecho más horroroso que describe La Ilíada no es el violento fin de Héctor, sino que Aquiles mancillara su cadáver y lo arrastrara durante nueve días llevándolo atado a su carro de combate. Sin esa piedad final, sin esa empatía que te permite reconocerte en el cadáver del otro, aunque sea tu enemigo, no somos más que alimañas (...). El respeto y el honor (...) no son en realidad a los muertos, sino a nosotros mismos*” (*El País*, 25 de octubre de 2011).

Ese afán por ofrecer una despedida solemne a nuestros semejantes con motivo de su fallecimiento responde en última instancia, quizás de forma inconsciente, al anhelo por hallar respuestas a los interrogantes que plantea un destino al que todos irremediabilmente estamos abocados y que, en función de nuestras creencias, interpretamos como un punto de partida o un punto final. Cuando se trata de la muerte de un ser querido, el sentimiento de desamparo y desasosiego que nos produce su partida nos mueve a rendirle un homenaje. Ello nos sirve para asimilar su pérdida, para afrontar el duelo y para apaciguar la inquietud que nos provoca la idea de nuestra propia muerte.

Es esta una conducta tan arraigada en el comportamiento humano que podría llevarnos a considerarla un rasgo innato de los homínidos, sin embargo, por el momento resulta complicado documentar este sentido de la trascendencia entre las especies más antiguas del género *Homo*. De hecho, no será hasta momentos avanzados del Paleolítico cuando dispongamos de testimonios arqueológicos que ilustran

la existencia de prácticas funerarias, todavía esbozadas en el caso de *Homo heidelbergensis* pero plenamente consolidadas ya entre los neandertales y, por supuesto, entre *Homo sapiens*, nuestra especie.

Cada cultura ha desarrollado sus propias fórmulas de decir adiós a los fallecidos y ocuparse de sus restos. Los rituales funerarios se diseñan para canalizar la emotividad e impedir que la muerte se convierta en un factor de disgregación en el seno de la comunidad. Al tratarse, por tanto, de un mecanismo cultural las prácticas que engloban serán diferentes en cada sociedad. En términos generales suelen iniciarse con la preparación del cadáver y culminan, aunque no necesariamente, con la sepultura de los restos mortales. Así, por ejemplo, en el caso de los Toraja de Indonesia, tienen que pasar por lo menos tres meses desde la muerte de una persona, momento en el que se limpia el cuerpo y se amortaja, hasta el inicio de los funerales. La duración de los ritos funerarios en esta sociedad depende de la capacidad económica de cada familia, de manera que un cadáver puede estar incluso años sin recibir sepultura definitiva si la familia no ha reunido el dinero suficiente para celebrar el costoso banquete funerario de varios días de duración en el que se sacrifica un elevado número de búfalos.

Pero en el registro arqueológico de la Prehistoria europea, únicamente queda constancia de una mínima parte del ceremonial. Nada sabemos de la duración de los ritos mortuorios, de los actos previos a la deposición de los restos, ni tampoco de las divinidades a las que se invocaba. Y ciertamente resulta poco probable que lleguemos a profundizar en las creencias que articulaban y sustentaban esos comportamientos simbólicos. Los contextos sepulcrales únicamente reflejan la etapa última del ritual funerario, el cual se habría iniciado mucho antes, desde el mismo momento del óbito, y se vería condicionando por toda una serie de factores como la edad, el género, la condición social, la actividad profesional, las patologías y condiciones de salud, o las propias circunstancias de la muerte, entre otros. No obstante, se puede obtener mucha información sobre el difunto y sobre su comunidad a través del análisis detallado de las sepulturas.

De este modo, por la posibilidad de acercamiento al mundo de las creencias de sociedades del pasado, los ambientes funerarios han atraído de siempre la atención de arqueólogos, antropólogos e historiadores. En los siglos XVIII y XIX (y aún parte del XX), el interés era meramente museístico: teniendo en cuenta que las piezas de ajuar depositadas junto a los fallecidos son escogidas entre el repertorio material de cada sociedad por su belleza, calidad, riqueza o simbolismo, y que muchas veces son elaboradas *ex professo* para este fin, no es de extrañar que se convirtieran en objetos codiciados para su exposición en museos y galerías o para nutrir colecciones privadas. De este modo primaba la excavación de las tumbas sobre la de los poblados por la posibilidad de recuperar piezas valiosas y por la rentabilidad del trabajo, al tratarse de contextos cerrados: un registro “privilegiado”.

Sin embargo, no será hasta los años 70 del siglo pasado, gracias a los nuevos enfoques en la disciplina arqueológica de la mano de la denominada “Nueva Arqueología” o “Arqueología Procesual” (o más correctamente, “Arqueología Proce-sal”) con investigadores como Binford, Saxe o Brown, cuando se analicen los contextos funerarios desde una perspectiva social en busca de elementos que reflejen cuestiones de rango y estatus. Comienzan a observarse diferencias en el tratamiento de los cadáveres derivadas de la edad, género o posición social de los fallecidos, que encontrarán su reflejo en la monumentalidad, riqueza e inversión de trabajo en la construcción de los sepulcros, su tipología, orientación y disposición de los restos, y naturaleza de las piezas de ajuar. Es entonces cuando se elabora una base teórica, una metodología específica y unos procedimientos analíticos que darán entidad a la Arqueología de la Muerte.

Posteriormente, gracias al influjo de la Arqueología Postprocesual (o Posproce-sal) comienzan a recibir una mayor atención los aspectos cognitivos y simbólicos, no sólo desde el punto de vista del ritual y las concepciones religiosas de las sociedades prehistóricas con relación a la muerte, sino de la realidad social que se esconde en el registro arqueológico. Así, se aprecian estrategias de manipulación de la cultura material como medio de transmitir determinados mensajes al resto de la comunidad. En el caso de los contextos sepulcrales, los enfoques postprocesuales afirman que las prácticas funerarias son un medio recurrente para mostrar, escon-der o transformar las relaciones de poder en un grupo, de manera que no siempre expresan la verdadera posición social que el difunto ocupó en vida. De este modo, aspectos tales como la monumentalidad o la riqueza de tumbas y ajuares pueden, en realidad, ser intentos por emular a los grupos dominantes a los que apelan ciertos individuos para manipular los mensajes sociales. Se deduce, por tanto, que las tumbas no siempre traducen fielmente la organización social de los vivos.

Las nuevas técnicas analíticas han supuesto un cambio de rumbo en el campo de la Arqueología de la Muerte, y están permitiendo salvar esa aparente incapacidad de leer correctamente el registro funerario. Gracias a los avances en la Arqueome-tría y en la Paleoantropología, podemos obtener información acerca del patrón alimenticio, las actividades profesionales o las paleopatologías y niveles de salud de las sociedades del pasado, incluso es posible estudiar el ADN de las poblaciones de la Prehistoria. Por tanto, a través del estudio de las tumbas, los restos humanos y las piezas de ajuar podemos, en definitiva, acercarnos no sólo a los ritos funerarios sino al mundo de los vivos: la muerte ilumina la vida.

Con objeto de aproximarnos a las sociedades prehistóricas de la Península Ibé-rica a través del estudio de sus prácticas funerarias, en otoño de 2010 organizamos un ciclo de conferencias bajo el título *Arqueología de la Muerte: Casos de estudio en la Prehistoria ibérica*, patrocinadas por la Universidad de Valladolid. Las páginas que siguen son fruto de aquella reunión aunque diversas circunstancias han impedido que todas las ponencias presentadas entonces, se hayan incorporado a este volu-

men. A falta de algunas de ellas, nos hemos permitido incluir otros trabajos que estudian interesantes aspectos no abordados en aquellas charlas, por lo que el resultado final se ha visto enriquecido desde el punto de vista temático.

¿Cuándo surgió el sentido de la trascendencia? ¿En qué momento del largo proceso de la evolución humana se comenzó a manipular de forma diferenciada los cadáveres de los congéneres desarrollándose así un comportamiento simbólico y pautado ante la muerte? De estas interesantes cuestiones se ocupa Fernando Diez, en cuyo discurso la Sima de los Huesos de Atapuerca se alza como una referencia ineludible. Nuestro país, asimismo, ofrece unas condiciones excepcionales para el estudio de las prácticas funerarias de las poblaciones del Tardiglacial/inicios del Holoceno gracias al elevado número de documentos en comparación con otros países europeos, que serán analizados por Pablo Arias. El abrigo de San Juan Ante Portam Latinam, presentado por José Ignacio Vegas, ilustrará sobre la violencia intergrupala en la Prehistoria Reciente. La complejidad de las prácticas funerarias de las sociedades del III milenio cal AC y el paulatino tránsito de tumbas colectivas a sepulturas individuales son examinados por Concepción Blasco y Patricia Ríos. Uno de nosotros (EGD) reflexionará sobre el papel que desempeñaron las bebidas alcohólicas y las drogas vegetales en el transcurso de las ceremonias funerarias de las Prehistorias. Igualmente el capítulo firmado por Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch demuestra que estos eventos no se limitaban a la deposición de los restos humanos en el espacio sepulcral sino que comprendían toda una serie de complejos rituales que, en el caso de la menorquina cueva de Càrritx se centraron en la cabellera de los inhumados. Bibiana Agustí abandona el ritual de inhumación, el más recurrente a lo largo de la Prehistoria, para abordar el de incineración que se difundirá a partir del Bronce Final para consolidarse a lo largo de la Edad del Hierro. Por último, Javier Velasco será el encargado de explicar los planteamientos teóricos y metodológicos que deben tenerse en cuenta a la hora de estudiar cualquier depósito con restos humanos.

Como coordinadores de aquella reunión y editores de esta obra, desearíamos expresar nuestro agradecimiento a todas las personas que la han hecho posible. Quede constancia también de nuestra gratitud hacia la Universidad de Valladolid, por su apoyo primero a la celebración del curso y su respaldo a la hora de publicar unos trabajos que servirán para ilustrar cuestiones de gran trascendencia sobre la actitud ante la muerte de nuestros antepasados más remotos.

Elisa Guerra Doce y Julio Fernández Manzano

Diciembre de 2013

RITUALES FUNERARIOS EN MENORCA DURANTE LA EDAD DEL BRONCE

Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete Herrada y Roberto Risch
Universitat Autònoma de Barcelona

1. La cueva de Càrritx: el descubrimiento de un yacimiento insólito

Las cuevas son una característica típica del paisaje menorquín y su utilización funeraria durante la prehistoria cuenta con numerosos ejemplos. Entre los más vistosos están aquellos que forman agrupaciones de hasta más de cien cavidades en barrancos y acantilados, como la famosa necrópolis de Calescoves, en Alaior (Veny 1982), y que acabaron conformando verdaderos paisajes sagrados. Sin embargo, muchas han sido reutilizadas con funciones diferentes hasta el día de hoy, cuando no intensamente expoliadas por intervenciones clandestinas. Uno de los aspectos más insólitos de la cueva de Càrritx es que nadie había entrado allí hasta 1995. A principios de aquel año, los espeleólogos menorquines Pedro Arnau y Josep Márquez se introdujeron por un pequeño agujero de la vertiente occidental del Barranc d'Algendar (Ciutadella de Menorca) y descubrieron un impresionante yacimiento. Los restos arqueológicos aparecieron a lo largo de los 170 metros de la cueva y en siete salas comunicadas por angostos pasadizos con telones de estalactitas (Fig. 1). A la espectacularidad de los hallazgos -cabello humano, objetos de madera magníficamente conservados y un sinnúmero de osamentas apenas cubiertas por un fino polvo- se sumaba la excelente conservación. Un desprendimiento de la cornisa del barranco había taponado el acceso a la cueva poco tiempo después de su abandono como recinto funerario, propiciando unas condiciones ambientales estables y constantes. Las matas de carrizo (*càrritx*) que utilizaron los espeleólogos para ocultar la entrada y salvaguardar la integridad del yacimiento, abierto por primera vez después de muchos siglos, son las que le han dado el nombre.

El análisis del impresionante volumen de materiales arqueológicos recuperados ha permitido obtener información decisiva sobre aspectos que rebasan el marco de las prácticas funerarias, tema objeto de esta presentación, e incluyen el medio ambiente, las condiciones de vida, el desarrollo tecnológico, las formas productivas y los contactos con otras regiones europeas. La investigación completa del yaci-

miento ha visto la luz en diversas publicaciones de carácter monográfico (Lull *et al.* 1999a; Rihuete 2000, 2003 a y b, 2005) y ha sido objeto de exposiciones museográficas y un amplio repertorio de trabajos de divulgación (Lull *et al.* 1999b, 2000 a y b, 2001 a y b, 2005).

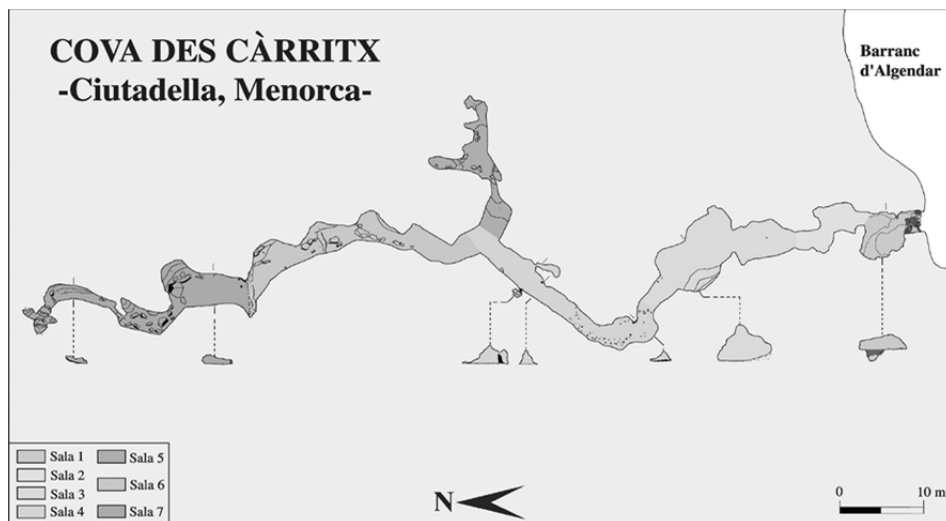


Fig. 1.- Planta de la cueva con indicación de la situación del cementerio (Sala 1) y del depósito que ha dado fama al yacimiento (Sala 5). Planimetría realizada por Pedro Arnau, Josep Lluís Florit, Josep Márquez y Montserrat Márquez.

La cueva de Càrritx fue utilizada por primera vez en torno al 1600 antes de nuestra era como una especie de santuario o lugar sagrado donde se veneraban los principios subterráneos asociados con la fertilidad y el sexo femenino. El uso de la cueva como cementerio se inauguró hacia el 1450 y quedó restringido a la primera sala, la que comunica directamente con el exterior y comprende dos espacios situados a diferente nivel con una superficie total de aproximadamente 32 m². Estamos en plena época naviforme y muchas de las pequeñas comunidades dispersas por el territorio menorquín siguen utilizando las cavidades naturales como cementerios, sin apenas intervenir en su estructura¹. En Càrritx, como en otros lugares, las modificaciones consistieron en cerrar la cueva mediante el mismo tipo de muro ciclópeo que se utilizaba en los poblados, dejando un umbral de acceso y pavimentando el lugar donde se depositarían los cadáveres.

Como muchas otras cuevas, Càrritx también tenía todo el aspecto de un osario, es decir, de una aglomeración desordenada de restos humanos producto de la acu-

¹ Para una discusión de la multiplicidad de prácticas funerarias y los cambios sociales en las Baleares a lo largo del II milenio véase Lull *et al.* 2006 y 2004.

mulación que caracteriza los sepulcros de inhumación colectiva (Fig. 2). Abundancia, fragmentación y dispersión eran la norma en los más de 30 mil huesos humanos a los que asciende el inventario, completamente revueltos y mezclados con objetos de hueso, metal y fayenza² que formaban parte del atuendo y adorno personal, con más de cinco mil fragmentos de cerámica correspondientes a una cincuentena de vasijas³ y con un rico repertorio de materiales orgánicos recuperados gracias a la flotación exhaustiva de los 1400 litros de sedimento que cubría el espacio funerario. ¿Cómo abordar semejante maremágnum? El estado del depósito planteó un enorme desafío científico y técnico, pues se trataba de una oportunidad única para conocer aspectos inéditos sobre estas comunidades, que se resolvió en una investigación en extremo compleja y a la fuerza multidisciplinar.



Fig. 2.- Aspecto general y detalle del cementerio antes de proceder a su excavación.

2. La muerte ilumina la vida

El análisis pormenorizado de los restos humanos contribuyó a despejar las principales incógnitas del perfil demográfico. Por un lado, el recuento del elemento óseo más representado establecía en un mínimo de 210 el total de personas enterradas. Por otro, la datación radiocarbónica de un segmento significativo del conjunto (muestras de personas diferentes y equivalentes a un 10% del total) nos permitió saber que el cementerio se utilizó durante 600 años, entre aproximadamente 1450 y 850 antes de nuestra era. La distribución homogénea de las fechas (Fig. 3), sin hiatos ni concentraciones, indicaba, además, que no hubo periodos de abandono del cementerio ni tampoco épocas con una mayor mortandad achacable a crisis epidemiológicas o a un crecimiento significativo de la población. Por tanto, el perfil demográfico del cementerio encajaba con el de un grupo vinculado por

² Pasta de vidrio utilizada para la elaboración de cuentas de collar.

³ El prolongado y laborioso trabajo de remontaje y restauración fue coordinado por Noël Siver.

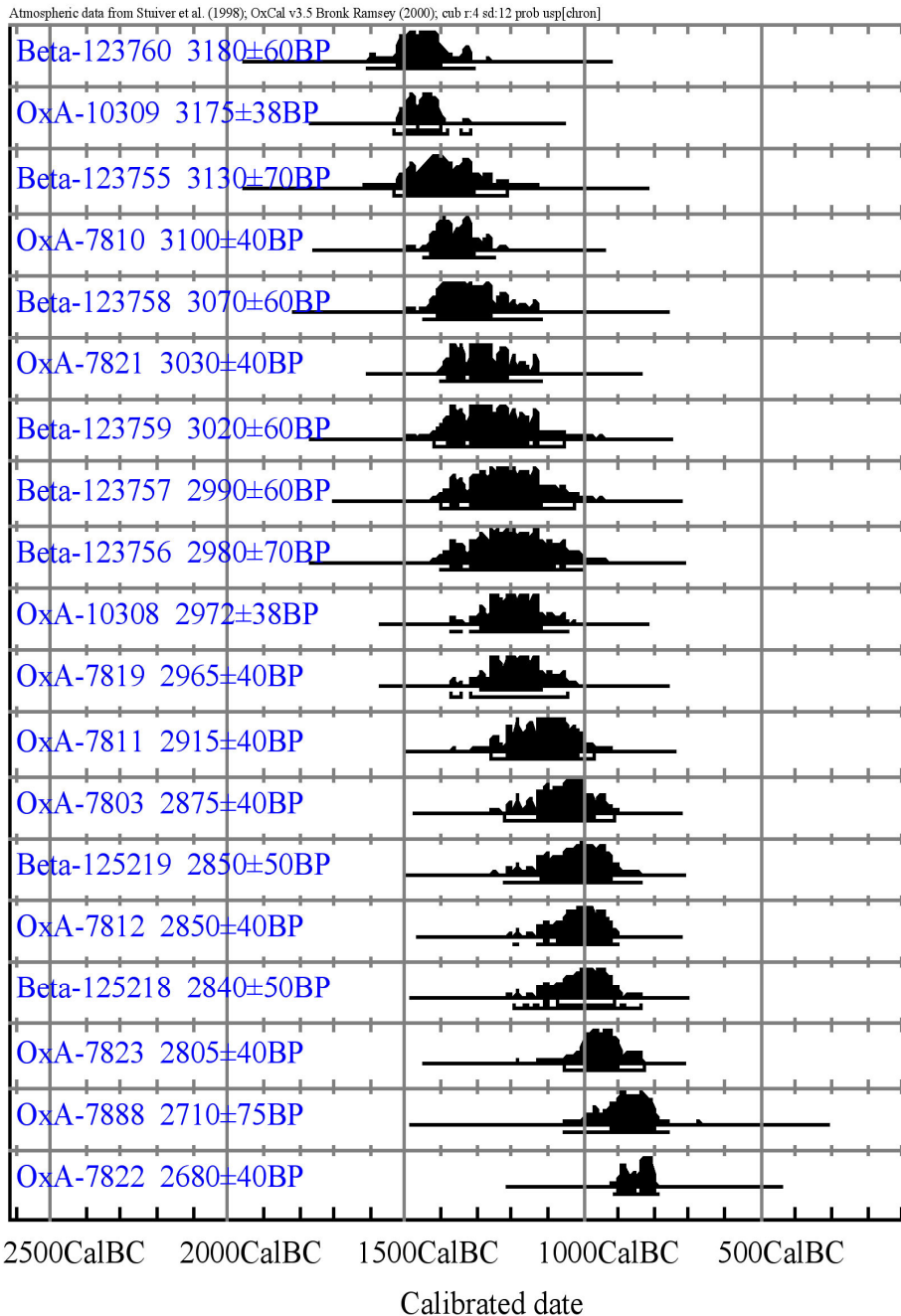


Fig. 3.- Dataciones radiocarbónicas sobre huesos humanos.

lazos de parentesco con una tasa de crecimiento muy lenta. El análisis antropológico confirmó esta hipótesis, pues se encontraban representados todos los miembros posibles de una comunidad: ambos sexos y todas las edades. La esperanza de vida media, establecida entre los 35 y los 45 años, permitió averiguar, a su vez, que el grupo original que acabó saturando los 32 m² del cementerio al cabo de 600 años (6/7 personas por m²) estaría formado por unas 14 personas, cifra que encaja con las características de los poblados contemporáneos de viviendas naviformes, habitados por lo que parecen haber sido familias extensas.

En Càrritx no se enterraron individuos menores de tres meses ni tampoco mujeres embarazadas, dada la absoluta ausencia de fetos. Sin embargo, la representación de osamentas infantiles es abrumadora e indica que sólo dos de cada tres criaturas alcanzaba la adolescencia. El análisis combinado de diferentes indicadores patológicos (periostitis, *cribra orbitalia* e hipoplasias del esmalte) permite relacionar esta elevada mortalidad infantil con procesos infecciosos y estados anémicos crónicos especialmente agudos en torno a los tres años, edad a la que parece haberse producido la sustitución de la leche materna por una dieta sólida. Los mismos indicadores en la población adulta revelan una peor condición de las mujeres que de los hombres. Este hecho resulta especialmente significativo dado que la esperanza de vida del sexo femenino también era menor, como así lo era, al contrario de lo que suele ser habitual, la proporción de difuntas respecto a difuntos⁴. Las diferencias de estatura entre ambos sexos, atribuibles a condiciones de vida muy diferentes en la etapa del crecimiento, también son superiores a lo normal y contrastan con la escasa diferenciación que podemos atribuir a factores genéticos, reflejados éstos en la arquitectura craneal. También contrastan con los análisis de paleodieta⁵, pues no se han hallado diferencias significativas entre la alimentación de hombres y mujeres en edad adulta, basada ésta en un amplio espectro de recursos vegetales con una aportación significativa de proteína animal y ausencia absoluta de pescado. El panorama resultante, por tanto, parece indicar unas condiciones de vida que, en conjunto, eran peores para las niñas que para los niños. Aunque en la etapa adulta estas diferencias desaparecieran, la menor proporción de mujeres y el acortamiento del período de fertilidad, determinado por periodos prolongados de amamantamiento, tendrían consecuencias demográficas de gran calado, pues ralentizarían, como así se desprende del análisis demográfico, el crecimiento vegetativo del grupo.

Las ofrendas alimentarias en forma de porciones de cabrito⁶ ponen de relieve la importancia de la carne para la sociedad enterrada en Càrritx. Los análisis de salud bucal (frecuencias de caries, cálculos, abscesos y tipo de desgaste) indican,

⁴ En infantiles no es posible estimar el sexo con garantías.

⁵ Realizados por Alejandro Pérez-Pérez, Eva Fernández y Daniel Turbón (en Lull *et al.* 1999a: 557-566).

⁶ La investigación de los restos faunísticos fue realizada por Mabel Montero (en Lull *et al.* 1999a: 533-542).

igualmente, un consumo significativo de carne y, en general, de alimentos de textura gruesa, poco procesados, muy diferentes de los que cabría esperar en una sociedad dedicada a la explotación intensiva de cereales. Además, las elevadas frecuencias de lesiones y deformaciones registradas en pies y tobillos son coherentes con largas caminatas por terrenos de topografía agreste como las que habría requerido el pastoreo y la recolección de frutos.

Otras lesiones atribuibles a cargas laborales presentan frecuencias mucho menores y expresan, sobre todo las registradas en el cuello y en la baja columna, sobreesfuerzos y trabajos extenuantes en labores que implicaban importantes acarreos de pesos. Resulta imposible determinar si en este tipo de tareas, que implicaron a un segmento menor de la población, había una división sexual del trabajo⁷, pero sí sabemos que exigió la participación de personas muy jóvenes.

Estas son, a grandes rasgos, las principales características que resumen la dinámica demográfica, el estado de salud, la alimentación y las diferencias sociales por razón de sexo que hemos podido averiguar a través del análisis bio-arqueológico de Càrritx y que hemos de tener en cuenta a la hora de valorar la dimensión político-ideológica expresada en los rituales funerarios, tema que trataremos a continuación.

3. Los rituales funerarios

La aparición de huesos humanos con signos evidentes de combustión en lo que, a todas luces, parecía una cripta de inhumación colectiva, nos hizo plantear la posibilidad de que la cremación hubiera sido una alternativa a la inhumación. Los huesos con alteraciones térmicas presentaban un alto grado de fragmentación y aparecían en toda la superficie del cementerio salvo en el sector más próximo a la entrada, que es precisamente donde se encontraba el único hogar construido en todo el recinto. Contábamos, además, con un registro importante de cerámicas quemadas, así como maderas y una amplia variedad de semillas, tallos y hojas totalmente carbonizadas.

En principio, la baja frecuencia de huesos quemados o calcinados (2,8%) podía indicar una práctica ritual restringida en el tiempo y/o a pocos individuos. Sin embargo, el análisis pormenorizado del patrón de estriación que exhibían todos los restos afectados demostraba que su exposición al fuego se produjo en estado “seco”, es decir, cuando los cuerpos se encontraban totalmente esqueletizados. La cremación quedaba, por tanto, descartada. El remontaje de fragmentos de un mismo hueso o cráneo también fue revelador, pues no sólo se trataba de piezas muy distantes entre sí, sino que además presentaban fragmentos intactos y quemados a ambos

⁷ Las patologías a las que nos referimos se localizan en huesos que carecen de elementos diagnósticos para estimar el sexo.

lados de la fractura antigua, por lo que era evidente que el fuego había entrado en contacto con huesos que ya estaban rotos y dispersos.

El significado del fuego se encontraba, pues, en otro lugar. El análisis de la posición que ocupaban todos los materiales quemados fue lo que nos dio la clave, pues se concentraban en una zona de la necrópolis cuidadosamente pavimentada donde también encontramos la mayor aglomeración de algunos de los huesos humanos que se desprenden en primer lugar del cuerpo (como el hiodes, la mandíbula o la primera vértebra cervical). Por tanto, todos los indicadores analizados coincidían en definir un área reservada a la exposición del cadáver. Allí, las pequeñas ollitas y la madera carbonizada⁸ parecen haber funcionado como dispositivos de iluminación, candiles y antorchas respectivamente, empleados en el culto. El fuego, en definitiva, tenía una importancia de primer orden en las ceremonias mortuorias, ya que también el tipo de plantas quemadas, entre las que destacan las aromáticas (romero, jara, malva, pino, lentisco y sabinas)⁹, sugiere el protagonismo no sólo de humo y vapores, sino también la obtención de resinas y aceites esenciales para el tratamiento de los cuerpos (Fig. 4).



Fig. 4.- Recreación del ritual funerario en torno a la exposición del cadáver (dibujo de Oriol Garcia i Quera).

⁸ El análisis de maderas y carbones fue realizado por Raquel Piqué (en Lull *et al.* 1999a: 489-520).

⁹ Hans-Peter Stika se encargó del estudio carpológico y de macrorestos vegetales (en Lull *et al.* 1999a: 521-532).

Càrritx, por tanto, no era exactamente un osario, sino un cementerio de inhumaciones primarias, es decir, un lugar donde ingresaban los cuerpos completos de las personas fallecidas. Así lo indica también la buena representación de falanges de los dedos e incluso cartílagos tiroideos osificados que, debido a su pequeño tamaño y pronta desarticulación, suelen escapar al traslado íntegro de los restos de un cadáver. Los cuerpos no se cubrían con tierra ni tampoco con cal, como así sucedió en épocas posteriores en Menorca y Mallorca, pero sí se tapaban con una pieza de tela que quizás era la misma túnica que vestían en vida, a juzgar por las marcas de desgaste que muestran las perforaciones de los botones conservados (Fig. 5). La exposición del cadáver en estas condiciones aceleraba la descomposición. La piel, el pelo, las uñas y las vísceras eran los primeros en desaparecer; seguidamente se producía la desintegración de ligamentos y tendones y, por último, la desmembración del esqueleto. En este proceso no hay prueba alguna de intervención humana, ya sea en forma de marcas de descarnamiento o decapitación. En cambio, sabemos que algún cánido o mustélido pudo acceder al cementerio, pues dejó la impronta de sus caninos en huesos que todavía conservaban tejidos blandos (2,5% del total). Este episodio debió ser accidental, no sólo por la baja frecuencia de marcas conservadas, sino porque el recinto debía permanecer bien cerrado y completamente a oscuras la mayor parte del tiempo. Así lo indica la recuperación masiva de huesecillos de roedores, estimados en unos ocho mil¹⁰, pues sólo unos pocos accedieron vivos al cementerio, quizás atraídos por las ofrendas alimentarias, dejando la impronta de sus colmillos en una pequeñísima fracción de huesos humanos (0,1% del total). Por el contrario, la inmensa mayoría de estos roedores tuvieron que formar parte de la dieta de ciertas rapaces nocturnas que escogieron la tranquilidad y oscuridad de la cueva como lugar de nidificación y regurgitaron, en forma de egagrópilas, los restos no digeridos.

El último argumento a favor de la inhumación primaria como ritual funerario exclusivo en Càrritx lo proporciona la identificación de tres individuos conservados en posición anatómica y con la mandíbula aún articulada. Si el cementerio acabó convirtiéndose en un osario tras seis siglos de funerales, era lógico pensar que se tratara de los últimos sepelios. Para nuestra sorpresa, la prueba del ¹⁴C demostró exactamente lo contrario, pues las tres dataciones son las más antiguas de todo el cementerio. ¿Qué pasó entonces? La explicación nos la iba a proporcionar el estudio de la situación específica de los cráneos. La inmensa mayoría aparecieron recolocados junto a las paredes de la cueva y en hileras que podían tener hasta cuatro cráneos superpuestos (Fig. 6). Correspondían a personas de ambos sexos y todas las edades, infantiles incluidas, y ninguno de ellos conservaba la mandíbula, prueba inequívoca de que su recolocación se produjo cuando los cuerpos habían quedado reducidos a huesos. Esta manipulación de los restos humanos indica no sólo que las

¹⁰ La investigación de la microfauna corrió a cargo de Gabriel Alcalde (en Lull *et al.* 1999a: 543-548).

prácticas funerarias fueron las principales responsables del caótico estado del cementerio, sino también que el enterramiento no era más que el primer estadio de un programa funerario amplio que implicaba la segregación y recolocación del cráneo y que, a nivel simbólico, subrayaba el principal atributo físico que diferencia a los individuos (la cabeza).

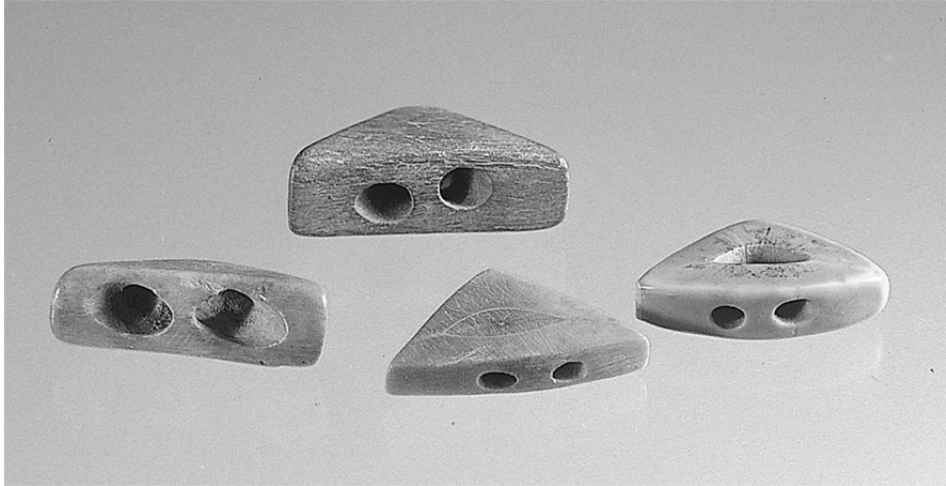


Fig. 5.- Botones de hueso y colmillo de cerdo. La perforación en forma de “v” servía para insertar el hilo que los fijaba a la prenda (foto Peter Witte).



Fig. 6.- Cráneos reubicados junto a las paredes de la cueva.

Sabemos, sin embargo, que esta ceremonia no se realizó desde el principio, pues los esqueletos más antiguos aún conservaban la bóveda craneal. ¿Desde cuándo, entonces, y por qué? La vecina cueva de Es Forat de Ses Aritges proporciona un buen indicador cronológico, ya que se trata de una cavidad tapiada mediante el mismo tipo de muro y umbral de acceso que Càrritx pero dejó de emplearse hacia aproximadamente el 1100 antes de nuestra era (Lull *et al.* 1999a: 183), y en ella no hay indicios de segregación y recolocación de cráneos. En las célebres *navetes* (Fig. 7), por el contrario, tenemos abundantes pruebas de este ritual (Plantalamor y Sastre 1991: 165; Veny 1976: 228; Veny 1987: 447) y su cronología se inicia precisamente hacia el 1100, concluyendo en torno al 800 antes de nuestra era. Es precisamente a finales del II milenio cuando asistimos en las Baleares a un proceso de concentración de la población en asentamientos más densos que culminará con los primeros ensayos de edificios monumentales con forma de torre (los *talaiots*, Fig 8). No es de extrañar, por tanto, que las transformaciones sociales que se estaban fraguando en el mundo de los vivos tuvieran un eco en el ámbito funerario.



Fig. 7.- Naveta des Tudons (Ciutadella de Menorca).



Fig. 8.- Poblado talayótico de Son Fornés (Montuïri, Mallorca), con el *Talaiot 1* en primer término.

4. El depósito de la cueva de Càrritx: un escondite para un ritual prohibido

La cueva de Càrritx ha revolucionado el conocimiento que teníamos de estos nuevos rituales gracias a la preservación de un insólito conjunto de objetos, escondidos en un lugar muy recóndito de la cueva y a más de 80 metros del recinto funerario. En una oquedad de no más de 60 cm de longitud máxima y tapada con una losa se recuperaron varios vasos, espátulas, cucharas y un peine, todo ello de madera, dos ollitas de cerámica, una cuchilla de bronce y otros elementos de este metal, así como varios artefactos de hueso y, lo más sorprendente, abundantes mechones de cabellos humanos que también rellenaban el interior de pequeños envases cilíndricos hechos de madera de boj, brezo y olivo y de asta de bóvido (Fig. 9).

El examen forense de los cabellos¹¹ reveló que todos habían sido cortados en mechones de hasta 13 cm de longitud y teñidos en un tono rojizo. Posiblemente esta coloración fue obtenida a partir de alguna de las sustancias vegetales identificadas en el cementerio, especialmente rubia brava, una de las plantas más indicadas para la obtención de colorantes rojos que todavía se utiliza hoy día en las tintorerías de lana tradicionales del Magreb. Por otro lado, enredados en los mechones apareció una falange humana y abundantes huesecillos de los roedores que tanto abundaban en el cementerio. Otro argumento que vincula sin lugar a dudas los objetos del depósito con los rituales mortuorios lo proporcionan las tapaderas de hueso de los tubos que contenían los cabellos. Estos discos con perforaciones laterales y decoración de círculos concéntricos no sólo aparecieron en el propio cementerio de Càrritx (Fig. 9 d), sino que ya se conocían en otros yacimientos, como la célebre naveta de Es Tudons. Interpretados como meros colgantes a tenor de las perforaciones laterales y la vistosidad de la decoración, poco se sospechaba hasta entonces que hubieran servido para guardar mechones de cabellos de ciertos óbitos. En la misma línea, los objetos que hasta el momento se conocían como “pectorales” de bronce y que también fueron documentados en el cementerio de Càrritx han sido reinterpretados como verdaderos prendedores o pasadores de pelo, dada la aparición de una de sus típicas varillas colgantes enredada en el cabello de uno de los tubos del depósito (Fig. 10). En suma, existen pocas dudas acerca de la naturaleza ritual y específicamente funeraria de los objetos del depósito. Este ritual subraya nuevamente la importancia de la cabeza pero ahora en relación con unos pocos individuos cuyo cabello era peinado, teñido, cortado y finalmente guardado en pequeñas cajitas (Fig. 11).

Resulta tentador pensar que los pocos individuos cuyo cabello recibió un tratamiento funerario tan especial fueran los mismos que también se distinguieron del resto por enterrarse con adornos metálicos. Lo que sí queda fuera de toda duda es que la inmensa mayoría de los objetos de bronce, hierro y plomo recuperados en el

¹¹ Realizado por Stephanie Smith (en Lull *et al.* 1999a: 549-554).

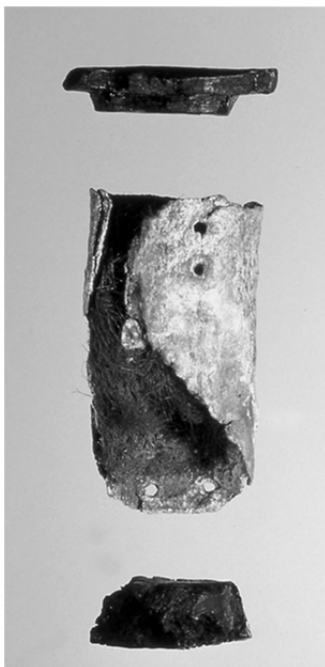
cementerio datan de los dos últimos siglos de utilización del espacio funerario y, por tanto, coincidieron en el tiempo, como así demuestra la datación de los cabellos del depósito, con la introducción y vigencia de los rituales que subrayaban la identidad de las personas por encima del colectivo, ya fuera a través de la recolocación de cráneos o a través del tratamiento ritual del cabello de ciertos personajes.



(a)



(b)



(c)



(d)

Fig. 9.- Taza de boj y espátula de brezo (a); peine de boj (b); cajita cilíndrica de cuerno de bóvido con tapaderas de brezo y cabello aún en su interior (c); tapaderas de hueso descubiertas en el cementerio (d).
(fotos Peter Witte)

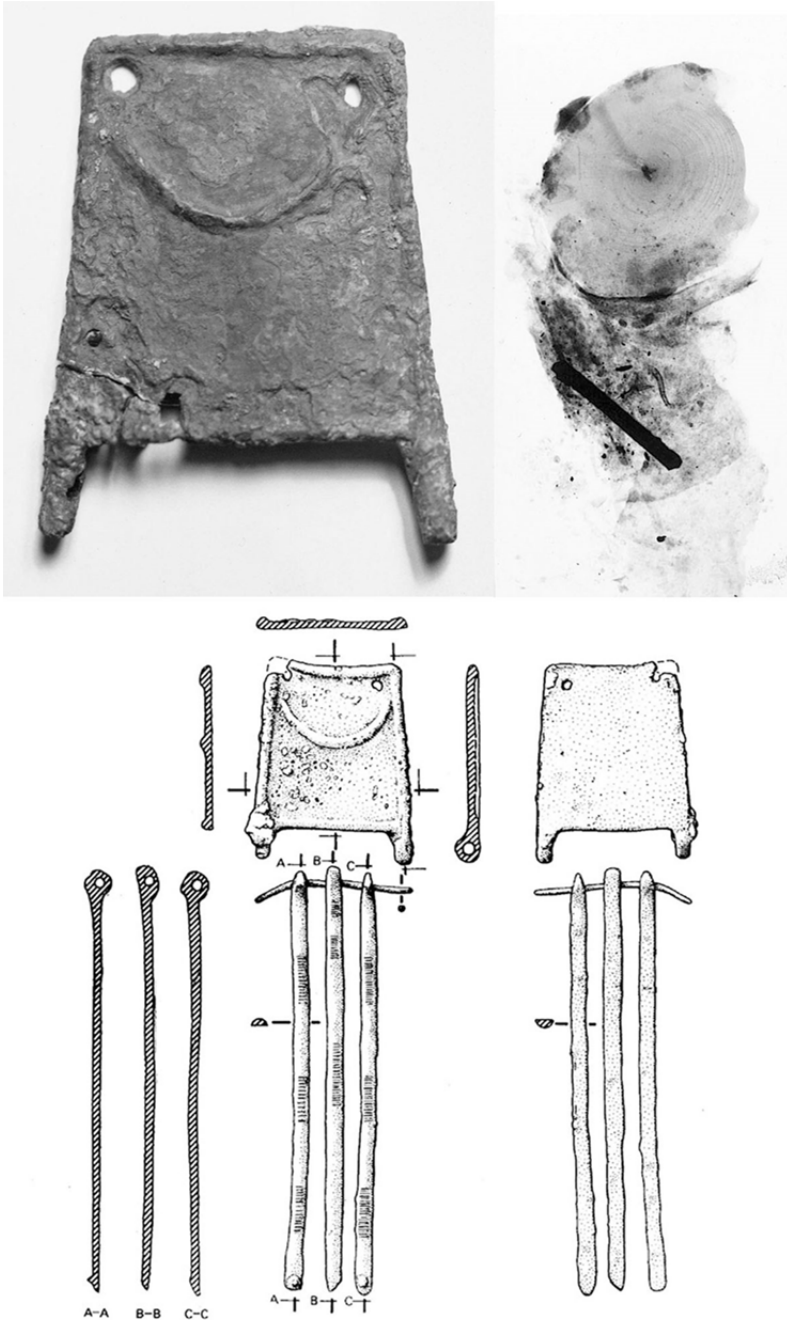


Fig. 10.- Placa de pasador de bronce hallada en el cementerio (arriba a la izquierda); dibujo del pasador completo hallado en el depósito (abajo); radiografía de una de las cajitas del depósito rellena de cabellos y con un fragmento de varilla de pasador (arriba a la derecha).



Fig.11.- Recreación del ritual funerario aplicado al cabello (dibujo de Oriol Garcia i Quera).

A finales del siglo IX antes de nuestra era se abandonó el cementerio de Càrritx y, según las dataciones de ^{14}C , se tomó la decisión de esconder las últimas cajitas de cabello y los objetos relacionados con este culto. Por estas fechas, en Menorca y Mallorca cesó toda actividad funeraria reconocible arqueológicamente. Simplemente ignoramos qué hicieron a partir de entonces con las personas fallecidas. Esta circunstancia contrasta vivamente con los importantes cambios sociales que experimentaron las comunidades baleáricas y que se tradujeron en la formación de unidades políticas organizadas en torno a los *talaiots*. Creemos que fue entonces cuando se produjo un desplazamiento de las prácticas ideológicas desde los espacios funerarios tradicionales, gestionados por pequeños grupos de parentesco, a ámbitos públicos de mayor envergadura que tuvieron en los monumentos talayóticos su expresión más emblemática. En esta situación de crisis y cambios, una parte o la totalidad del grupo ancestralmente vinculado a Càrritx decidió asegurar el recuerdo de su pasado trasladando los objetos rituales más significativos hacia un lugar seguro y apartado. Los materiales elegidos fueron los cabellos de los antepasados y todo el utillaje relacionado con su manipulación ritual. Pensamos, por tanto, que las razones que condujeron a la ocultación tuvieron un móvil fundamentalmente ideológico, relacionado seguramente con la esperanza de restablecer algún día el orden social anterior.

El simbolismo connotado en los rituales funerarios de los últimos siglos de vigencia del cementerio parece vincularse con unas creencias que asociaban la cabeza con lo sagrado, ya sea como morada de una entidad sobrenatural (“alma” o “espíritu”) o bien como el lugar del cuerpo más distintivo de la persona. Aunque la inhumación colectiva estuvo vigente a lo largo del uso del cementerio, la uniformidad en el tratamiento de los cuerpos dio paso a una incipiente diferenciación que se materializó, a nivel simbólico, en el énfasis en el individuo pero que se enmascaró bajo el ritual de inhumación colectiva.

Referencias bibliográficas

- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 1999a. *La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol. Ideología y Sociedad en la Prehistoria de Menorca*. Barcelona: Consell Insular de Menorca.
- 1999b. *Rituales de vida y muerte en la Prehistoria de Menorca. La Cova des Càrritx*. Barcelona: Consell Insular de Menorca.
- 2000a. Rituales de vida y muerte en la prehistoria de Menorca. Las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol. *Revista de Arqueología* 225: 18–33.
- 2000b. Divinità nelle tenebre. Parlano le grotte delle Baleari. *Archeologia Viva* 84: 54–61.
- 2001a. Neue Entdeckungen zur Vorgeschichte von Menorca. Beobachtungen zu gesellschaftlichen und ideologischen Verhältnissen auf den Balearen zwischen 1600 und 800 v.u.Z. En: *Hispania Antiqua - Vorzeit*, Deutsches Archäologisches Institut, Maguncia: Philip Von Zabern, 153–170.
- 2001b. Las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol (Ciudadella, Menorca). La prehistoria de las Baleares a la luz de las tinieblas. En: ... *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. Alicante: Caja de Ahorros del Mediterráneo, 86–101.
- 2004. Los cambios sociales durante el II milenio en las Islas Baleares. *Cypsela* 15: 123–48.
- 2005. *Peinando la muerte. Rituales de vida y muerte en la prehistoria de Menorca*. Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- 2006. An island decides: megalithic burial rites on Menorca. *Antiquity* 80: 829–842.
- PLANTALAMOR, L. y SASTRE, J. 1991. Excavació d'urgència de la naveta de Binipati Nou (Ciudadella). *Meloussa* 2: 163–172.
- RIHUETE, C. 2000. *Dimensiones bioarqueológicas de los contextos funerarios. Estudio de los restos humanos de la necrópolis prehistórica de la Cova des Càrritx (Ciudadella de Menorca)*, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona [URL <http://www.tdcat.cesca.es/TDCat-0125102-111847>].
- 2003a. Esqueletos humanos en la investigación arqueológica de la diferencia sexual. En: M^a D. Molas y S. Guerra, eds. *Morir en femenino: mujeres, ideología y prácticas funerarias desde la Prehistoria hasta la Edad Media*. Barcelona: Edicions Universitat de Barcelona, Col. Breviaris 7, 17–50.
- 2003b. *Bio-arqueología de las prácticas funerarias. Análisis de la comunidad enterrada en el cementerio prehistórico de la Cova des Càrritx (Ciudadella, Menorca)*. BAR International Series S1161, Oxford.

-
- 2005. Salud y cargas laborales en una comunidad prehistórica menorquina entre c. 1450 y 800 cal ANE. En: A. Cañellas Trobat, ed. *Nuevas Perspectivas del Diagnóstico Diferencial en Paleopatología*, Actas del VII Congreso Nacional de Paleopatología, Maó, 124–140.
- VENY, C. 1976. Excavación de la naveta de Son Morell (Menorca). *Noticiario Arqueológico Hispánico* 5: 223–228.
- 1982. *La necrópolis protohistórica de Cales Coves, Menorca*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XX, Madrid.
- 1987. Las navetas de Menorca. En: *Atti del 3° Convegno di studi "Un millennio di relazioni fra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo*, Selargius-Della Torre, Cagliari, 443–472.